

Infancias y clandestinidad en contexto de violencia política.

Rodríguez, José Osvaldo.

Cita:

Rodríguez, José Osvaldo (2024). *Infancias y clandestinidad en contexto de violencia política. 6tas Jornadas de Estudios sobre la Infancia, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/6jornadasinfancia/50>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ez2b/7UC>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Infancias y clandestinidad en contexto de violencia política.

Mg. José Osvaldo Rodríguez¹

En esta ponencia retomo aspectos que surgieron durante la investigación que realicé para mi tesis de maestría en la que trabajé sobre las vivencias de niños y niñas en contexto de violencia política con eje en los procesos de recuperación de identidad. Uno de los interrogantes que emergió en esa investigación fue la pregunta: ¿de qué manera el contexto de violencia estatal y feroz represión política que tuvo lugar en nuestro país durante 1975-1983 impactó en las formas de experimentar la relación con la documentación y propició nuevas formas de pensar la relación entre identidad y documentación?

En este trabajo focalizo mi análisis en uno de esos casos, describo y analizo las vivencias de Judit, una niña que –como consecuencia de la militancia de sus padres en Montoneros– tuvo que pasar un período de su infancia en la clandestinidad, esto incluyó la concurrencia a la escuela con identidad y documentos falsos. Para ello, retomo una construcción analítica que ha sido nodal en mi investigación de maestría: la dicotomía visibilidad/invisibilidad, legibilidad/ilegibilidad que se desarrolló entre el Estado y la militancia en las OPM. Así, a partir de sus narrativas, reconstruyo la historia de Judit, en especial las condiciones en las que transcurrió aquella militancia y trabajo sobre el relato de la vida cotidiana en la clandestinidad. Lejos de caer en una mirada romántica de la clandestinidad, el caso de Judit expone claramente las enormes dificultades que atravesaron las familias militantes durante esos períodos, y nos permite apreciar lo difícil que les resultó mantener una ficción de “normalidad”, de “familia normal”, que permitiera sustraerlos de la mirada del aparato represivo del Estado. La historia de Judit me permitió acceder a sus recuerdos sobre la experiencia de la vida de su familia en la clandestinidad, las tácticas de invisibilización implementadas y también a las vicisitudes que la familia enfrentó en un contexto de persecución en el que las redes de solidaridad, amistad y militancia ocuparon un lugar importante para la salvaguarda de la libertad y la vida de sus padres.

¹ Magíster en Antropología Social – FFyL UBA (título en trámite). Licenciado en Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA. Docente ordinario en Universidad Nacional Arturo Jauretche.

LOS AÑOS FELICES

Judit nació en 1968 y es la segunda hija del matrimonio de Carlos Alberto Baglietto y Stella Maris Edén; Sandra, su hermana dos años mayor y Carlos Nahuel, el menor de los hijos, completan la familia. La historia de los padres de Judit es similar a la de numerosos jóvenes en la década del sesenta en nuestro país: personas con inquietudes sociales, muchas veces cercanos a la Iglesia Católica, que en el contexto de proscripción política y represión generalizada desplegado por la dictadura de Onganía comenzaron a comprometerse políticamente y formaron parte del proceso de radicalización que derivó, luego del Cordobazo, en la aparición pública de las organizaciones político-militares (OPM) y el inicio de la lucha armada. Carlos Baglietto tuvo una activa participación gremial en la zona sur del Gran Buenos Aires, fue obrero de la industria química y activista gremial desde los 17 años. A fines de la década de los '60 era miembro de la conducción de la Regional Sur de la CGT de los Argentinos. Candidato a secretario general adjunto por la Lista Naranja de su gremio en las elecciones llevadas a cabo en febrero de 1974. Delegado gremial en la fábrica Darex² ese mismo año y también delegado zonal de Juventud Trabajadora Peronista (JTP). Tanto él como su esposa, Stella Maris Edén, militaron en Montoneros desde épocas muy tempranas.

“Recuerdo que entre los tres y cinco años eran momentos de mucha alegría en el ámbito de mi familia, de la militancia y de sus amigos de la parroquia de Quilmes (...) Me acuerdo mucho de las reuniones de grupos de la Iglesia y otros grupos barriales, que se hacían en el Parque Pereyra Iraola, con mucha alegría, asados, guitarreadas. Ese es el recuerdo que tengo de la época más feliz (...) Ellos estaban muy contentos. En un momento viajan a Panamá, en una delegación de Montoneros, representando a la zona sur. Fueron a entrevistarse con Torrijos y de ahí vinieron muy contentos, trajeron unos sombreros panameños enormes, unas carteritas muy lindas, clásicas panameñas, para mi hermana y para mí, me acuerdo de que estaba muy enojada porque no nos habían llevado (se ríe) y bueno creo que ellos fueron felices en la militancia hasta el año '74”.

Los primeros recuerdos asociados a su infancia y a la militancia de sus padres, el período comprendido por la campaña para las elecciones presidenciales de 1971 y los gobiernos de Cámpora, Lastiri y Juan Domingo Perón, están signados

² Hoy la empresa se llama *Sealed Air* y ocupa el mismo predio ubicado en Primera Junta 550, Quilmes.

por la alegría en militancia y una familia reunida y con una activa vida social vinculada a la actividad política. Sin embargo, en la entrevista los años felices ocupan muy poco espacio, rápidamente dan lugar a la violencia.

EL PRINCIPIO DEL FIN

El año 1974 marca un quiebre en la historia de Judit. En agosto de ese año su padre sobrevivió —gravemente herido— a un episodio de violencia paraestatal³ en el que fueron asesinados Pablo Van Lierde “el Gringo” y Eduardo Beckerman “el Roña”. Así lo recuerda ella:

“Mi viejo sufre un atentado el 22 de agosto, la noche anterior estaban planeando el homenaje de los asesinados de Trelew,⁴ mi papá con otros dos compañeros más, los levantan, es un episodio muy conocido, la masacre del basural de Quilmes, papá es el único sobreviviente, los levantan pasadas las doce de la noche, por eso ya era el 22 de agosto (...) los fusilaron y mi viejo queda vivo con trece tiros”.

El diario Noticias,⁵ el día 26, publicó un reportaje a Carlos Baglietto en el que relata lo sucedido.⁶ No fue el único intento de asesinar a su padre:

“De hecho, anterior a eso él se estaba subiendo al colectivo a la salida de la fábrica e intentaron balearlo, digamos que estaba todo como íntimamente relacionado ¿no? la militancia del trabajo con la militancia de Montoneros o de la iglesia era todo parte de lo mismo (...) hoy en día se manejan hipótesis serias de que fueron entregados los delegados por los dueños de la fábrica, marcados para sacárselos de encima”.

Se pueden identificar distintos momentos en la escalada de violencia que se dio durante los años 70. Desde la segunda mitad de la década del '60 se fue dando

³ Peter Waldman define la paraestatalidad como “la amenaza y uso ilegal, y generalmente clandestino, de la violencia a través de los organismos estatales con el objeto de consolidar las relaciones existentes de poder, de proteger un orden político-social contra una amenaza real o supuesta” (WALDMANN, Peter: “Represión estatal y paraestatal en Latinoamérica”. En: Revista América Latina Hoy, Vol. 10. Universidad de Salamanca. Salamanca. 1995.).

⁴ La masacre de Trelew: se conoció con este nombre el asesinato de dieciséis presos políticos —miembros de distintas organizaciones armadas peronistas y de izquierda— capturados tras un intento de fuga del penal de Rawson y ametrallados posteriormente por miembros de la marina. Los sucesos ocurrieron en la madrugada del 22 de agosto de 1972, en la Base Aeronaval Almirante Zar de la Armada Argentina cercana a la ciudad de Trelew, provincia de Chubut (URONDO, Francisco: *La Patria fusilada. Testimonios de María Antonia Berger, Alberto Miguel Camps y Ricardo René Haidar. Sobrevivientes de Trelew*. Editorial Crisis. Buenos Aires. 1973.).

⁵ El diario Noticias sobre todo lo que pasa en el mundo, conocido como Noticias, salió a la calle el 20 de noviembre de 1973 y fue clausurado por Decreto N°630/74, firmado por María Estela Martínez de Perón, el 27 de agosto de 1974 (ESQUIVADA, Gabriela: *Noticias de los Montoneros: la historia del diario que no pudo anunciar la revolución*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 2010.).

⁶ “Testimonio exclusivo del sobreviviente del basural: Habla el fusilado” en Diario Noticias. Año I, número 265, 26/8/1974.. Ver también GONZÁLEZ JANSEN, Ignacio: *La Triple A*. Editorial Contrapunto. Buenos Aires. 1986.

dentro del ámbito sindical un enfrentamiento entre sectores combativos y sectores del sindicalismo tradicional. Luego del retorno del peronismo al poder – en mayo de 1973–, ese enfrentamiento adquirió mayor virulencia y rápidamente, escaló un violento enfrentamiento entre los sectores juveniles vinculados a Montoneros y sectores de la derecha peronista. En el ámbito gremial los sectores ortodoxos, ante el crecimiento de la JTP, que venía a disputar espacios de poder en los sindicatos, vieron ese avance como una amenaza a su liderazgo en el movimiento obrero y como respuesta desarrollaron una política que incluyó, entre sus componentes principales, el amedrentamiento mediante el uso de la violencia física y también el asesinato de opositores. El intento de homicidio a la salida de la fábrica que Judit expone se encuentra inscripto en esa etapa y, claramente, está vinculado al activismo gremial de Carlos Baglietto, quien como parte de su militancia en Montoneros formaba parte de la JTP. La conflictiva relación entre patronal, sectores sindicales y violencia aplicada a delegados combativos no era nueva, se fue incrementando, se generalizó luego de la muerte de Perón y encontró su punto más alto durante la dictadura, momento en que la violencia que habían ejercido los grupos parapoliciales comenzó a ser desplegada directamente por el aparato represivo ilegal del Estado terrorista.⁷ El episodio en el que hieren gravemente al padre de Judit y asesinan a Van Lierde y Beckerman forma parte de otra faceta de la represión paraestatal, la persecución de los militantes políticos de la Juventud Peronista (JP), muchos de ellos vinculados directamente a Montoneros. Cabe destacar que, en ese momento, la JP era una agrupación política legal.⁸

En un momento de la entrevista, Judit pone en evidencia claramente cómo estos saltos en los niveles de represión afectaron la militancia de la generación de sus padres y la vida cotidiana de los niños como ella:

“Después del atentado del basural de Quilmes los compañeros tomaron más recaudos, porque antes participábamos (...) de hecho íbamos a la básica, en la clandestinidad inclusive íbamos. (...) a mediados del '74 la unidad básica de Quilmes de la Av. Mitre militaba con las persianas bajas. Mi mamá nos llevaba, no tenía dónde dejarnos, entonces jugábamos con los hijos de los

⁷ Una acabada descripción de esta escalada la encontramos en la obra de Federico Lorenz *Algo parecido a la felicidad*, en la que se relata la historia del activismo gremial de los trabajadores del Astillero ASTARSA en la década del setenta (Lorenz, Federico: *Algo parecido a la felicidad. Una historia de lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*. Edhasa. Buenos Aires. 2013.).

⁸ Con asunción de la presidencia por parte de Cámpora, Montoneros formalmente había abandonado la lucha armada. En septiembre de 1974, durante el gobierno de María Estela Martínez de Perón y en el contexto del accionar generalizado de grupos paraestatales pasó nuevamente a la clandestinidad.

compañeros de mis viejos y corríamos como locos, había un patiecito chiquito, cada tanto entrábamos en medio de la reunión y gritábamos: ¡No! ¡Te vi! ¡Te encontré! Mi mamá me agarraba, me llevaba ¿No ves que estamos en una reunión? Pero se podía, estábamos ahí todos, grandes y chicos. Después del atentado a mi viejo, nunca más pudimos ni siquiera verles las caras a los que venían (...) los compañeros estaban de acuerdo que nosotros no estuviéramos ahí dónde se estaba llevando la reunión, de grande yo saco la cuenta de que sí, que había bastante miedo en esa época”.

En primer lugar, se destaca la forma en que se militaba en esos momentos, la actividad política incluía la presencia de los niños y niñas, se militaba en familia. Judit recuerda la concurrencia de otros infantes a las Unidades Básicas y los juegos con hijos de los compañeros de sus padres mientras los adultos participaban de reuniones políticas. Por otro lado, también muestra cómo la violencia represiva fue afectando a la militancia. Desde el retorno de la democracia en 1973 las Unidades Básicas eran espacios políticos legales, la adscripción a una organización o sector del peronismo era explícita y las actividades de los grupos vinculados a la Tendencia Revolucionaria eran públicas. Luego, con los primeros episodios de intimidación, se comenzaron a cerrar estos espacios, se mantuvieron las reuniones, aún con la presencia infantil, pero con las ventanas clausuradas, tomando muchas más precauciones para no ser vistos. Después del asesinato de Beckerman y Van Lierde esas precauciones se extremaron, se debía evitar el reconocimiento de quienes participaban de las reuniones y los niños fueron excluidos del espacio en que se desarrollaban. Esta táctica defensiva fue implementada en distintos ámbitos vinculados a la Tendencia.⁹ En este contexto se volvieron vitales las acciones para ocultarse del poder, para evitar ser legibles. Si bien este tipo de tácticas no eran nuevas en nuestro país, se debieron intensificar ante el aumento de la represión política. En el ámbito militante en particular y en la sociedad en general, poco a poco la violencia pasó a ser algo cotidiano y en parte se fue naturalizando.

Como consecuencia de las heridas recibidas, la supervivencia de Carlos Baglietto pendió de un hilo. Mientras se recuperaba los asesinos intentaron finalizar aquello que no habían podido concretar con éxito el 22 de agosto:

⁹ Federico Lorenz narra que los integrantes de la Agrupación Alessio del Sindicato de Obreros de la Industria Naval (SOIN), mantuvieron entre 1973 y 1975 un local en San Fernando, a medida que la represión aumentó, tuvieron que protegerlo de distintas formas, entre otras la construcción de una pared interior a unos 30cm de la exterior para que tapara la ventana (Lorenz, Federico: Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta. Norma. Bs As. 2007).

“Mi mamá lo saca del hospital, arma un operativo muy rápido con compañeros y logra sacarlo por la puerta de atrás cuando por la puerta de adelante estaban viniendo a rematarlo, cuando se enteraron (de) que había un sobreviviente. (Luego) va a una clínica y en la clínica que era de un compañero de la JP estuvo un tiempo... no sé si también era Montonero, ahora no me acuerdo, pero también corría peligro entonces hace unos años nos enteramos que se terminó curando en la clandestinidad, en casa de los Lizaso”.¹⁰

A partir de ese momento, mientras el padre se recupera, el resto de la familia se vio obligada a pasar a la clandestinidad. Como se decía en aquellos tiempos Carlitos estaba “quemado” y con él su familia. En la jerga de la época era común el uso de palabras que se referían solapadamente a la situación de una persona o a las cuestiones vinculadas a la militancia armada. Cuando se afirma que un compañero estaba “quemado” no se refiere a que el mismo haya sufrido un accidente que le provocó quemaduras, sino a que su identidad personal y sus vínculos con la organización eran conocidos por los represores.¹¹

Según el diccionario de la RAE, lo clandestino es aquello que es secreto, oculto y especialmente hecho o dicho secretamente por temor a la ley o para eludirla. La etimología de la palabra indica que clandestino procede del latín *clandestinus*, de *clam*: secreto y éste a su vez de *celare*: esconder (Mateo Leivas, 2017: 273).¹² La militancia en las OPM de la época era a escondidas y en secreto, paralelamente se vivía una cotidianidad en apariencia normal, aunque plagada de simulaciones. A los fines analíticos se pueden establecer dos niveles de clandestinidad. Un primer nivel, común a todos los miembros de la organización, estaba constituido por la militancia clandestina. Cada integrante, al incorporarse a la orga elegía el nombre por el cual iba a ser conocido por sus compañeros y con él desarrollaba las actividades inherentes a su militancia. Paralelamente continuaba con su vida “legal” completamente apartada de su responsabilidad dentro de la OPM. Por ejemplo, el padre de Judit pertenecía a Montoneros, llevaba allí una militancia clandestina en la que sería conocido por

¹⁰ La casa de los hermanos Jorge ‘Nono’ y Miguel Lizaso está situada en el barrio de Munro. A partir del triunfo de Héctor Cámpora, en 1973 se convirtió en una unidad básica de referencia en la zona. Arriba vivía la familia y abajo militaban, era la Unidad Básica “Combatientes Peronistas”. Disponible en: <http://www.noticianorte.com/casa-nono-lizaso-un-espacio-para-la-memoria-en-munro>

¹¹ Marisa Sadi, pone a Sergio Gass como el ejemplo del clandestino re-quemado por portación de apellido: era el hijo del exdiputado radical Adolfo Gass (SADI, Marisa: *El caso Lanuscou, Columna Norte. La otra historia*. Ediciones Nuevos Tiempos. Buenos Aires. 2009.).

¹² MATEO LEIVAS, Lidia: *Imágenes clandestinas y saber histórico. Una genealogía del cine clandestino del tardofranquismo y la transición*. Tesis doctoral. Departamento de Historia y Teoría del Arte. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid. Mimeo. 2017.

su nombre de guerra y por otro lado Carlos Alberto Baglietto era padre de familia, colaborador de la parroquia del barrio, bombero voluntario y trabajador y activista gremial. Personas que llevaban una “doble vida” de ciudadanos comunes, corrientes y sin conexiones con actividades políticas ilegales y que, por otro lado, militaban frenética, secreta y clandestinamente (Pastoriza, 2006: 17).¹³ Esto se dio principalmente, en la primera etapa, a fines de los '60, principios de los '70. Las circunstancias en que se desarrollaron las actividades militantes hicieron que en algún momento la pertenencia a una organización vinculada a la lucha armada fuera conocida por el aparato represivo. Ese hecho hacía que el militante debiera implementar el segundo nivel: “pasar a la clandestinidad”, implicaba mantenerse completamente clandestino, abandonar los lugares en los que fuera conocido, cortar los lazos con su propia familia y amigos y construir, en otro lugar donde no se lo conociera, junto a su núcleo familiar, una nueva “normalidad” basada en identidades falsas, manteniendo, por supuesto, la militancia dentro de su organización de pertenencia. La diferencia entre los dos momentos se encuentra en que en una primera instancia el militante mantiene una parte de la vida en la clandestinidad y otra –mayoritaria– continúa como si fuera ajeno a la militancia. En el segundo caso la vida del militante se encuentra completamente sumergida en la clandestinidad, de allí la denominación “pasar a la clandestinidad”.

Sabiéndose perseguida, Stella Maris, junto a sus tres hijos, inició un peregrinaje para evitar el accionar de los grupos represores paraestatales:

“Nos vimos con mi mamá en la soledad, tuvimos que irnos de casa en un exilio interno, fuera de Quilmes, de casa en casa, donde nos aceptaran, porque estaban todos con mucho miedo, algunos compañeros no nos aceptaban en sus casas porque tenían miedo entonces (...) recuerdo esa época de mi vida como horrible, de mucha incertidumbre, de pasar mucho frío, de estar en la calle, de estar en casas de compañeros que bueno, de última nos dieron un lugar pero nos hicieron dormir en la terraza, porque no tenían lugar o por lo que fuera hemos dormido en la terraza de una casa con un frío terrible (...) todo un período de ocultamiento, hasta que mi papá logra recuperarse”.

Judit muestra así el clima de terror que se vivió en la Argentina –principalmente en la zona que hoy se conoce como Área Metropolitana de Buenos Aires– en la

¹³ PASTORIZA, Lila: “La “traición” de Roberto Quieto: Treinta años de silencio”. En: Revista Lucha Armada en la Argentina. Año 2, Nº6. Buenos Aires. Mayo-julio de 2006.

segunda mitad del año 1974, con las bandas paraestatales dedicadas a la cacería y asesinato de opositores. En medio de este clima saltaron de casa en casa en búsqueda de refugio, algo que en la memoria de Judit –que en septiembre había cumplido seis años– quedó grabado a fuego: la sensación de desamparo y las duras condiciones de aquel invierno de 1974. Una joven mujer, con sus tres hijos, uno de muy corta edad, huyendo de una represión ilegal, feroz, deambulando por distintos barrios, solicitando albergue para pasar la noche donde y como fuera posible.¹⁴

Stella Maris podría haber dejado a sus hijos al cuidado de algún familiar y eso habría facilitado la búsqueda de un refugio para pernoctar sin hacerse notar. Sin embargo, estas militantes –que la dictadura intentará construir como “malas madres”, “malas amas de casa”, “malas esposas” porque al volcarse a la actividad político-militar en vez de dedicarse al cuidado del hogar desconocían su esencia femenina (Regueiro, 2015),¹⁵ mujeres que “abandonan” a sus hijos violando esa esencia (Villalta, 2018)–¹⁶ no dudaron en mantenerse, aún con enormes dificultades, junto a su prole.

En estos momentos de peligro cobraron importancia las redes sociales a las que se pudo acceder en búsqueda de ayuda. Stella Maris sabía que estaba “quemada”, es decir su identidad era conocida. Por eso, volver a la zona de Quilmes era imposible, allí no había forma de pasar desapercibida, su vida y la de sus hijos dependía de la solidaridad de algunos contactos y no todos podían o estaban dispuestos a arriesgarse dándoles cobijo.

UN PARÉNTESIS DE NORMALIDAD

Luego de circular por distintos lugares, la familia se reunió y afincó, clandestina, en el barrio de Once en la entonces Capital Federal:

“Estuvimos por todos lados, menos en la zona sur, estuvimos por la zona oeste, zona de Parque Chacabuco, zona norte, algún barrio lo identifiqué otros

¹⁴ Este peregrinar se repite en muchos de los perseguidos, Norberto Berner, a quien entrevisté en el marco de trabajo de campo para mi tesis, relata que su madre a mediados de 1977 “cursó el embarazo en esta situación de hiperclandestinidad (...) mi mamá recuerda haber pasado por veintidós casas y departamentos, aproximadamente, en el lapso de seis meses” Entrevista realizada por el autor en noviembre de 2021.

¹⁵ REGUEIRO, Sabina: “Subversivas: Malas madres y familias desnaturalizadas”. En *Cadernos Pagu* Nº 44. Publicación del Núcleo de Estudos de Gênero. Universidade Estadual de Campinas. Campinas. Junio de 2015.

¹⁶ VILLALTA, Carla: “La infancia ‘apropiada’. Construcciones narrativas sobre los niños y niñas víctimas del terrorismo de Estado en Argentina (1976-1983)”. En Lucía Lionetti, Isabella Cosse y María Carolina Zapiola (Compiladoras): *La historia de las infancias en América Latina*. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Tandil. 2018.

no, por distintos lugares, por lo general de Capital Federal (...). Cuando nos mudamos, ya con él prácticamente recuperado, a un departamento muy chiquitito en el barrio de Once o Balvanera, en realidad sería Misiones y avenida Belgrano y por primera vez después de mucho tiempo lo veo a mi papá contento, claro estábamos de nuevo como familia, en el mismo lugar, asentados y ahí nos pasamos a llamar Rodríguez”.

Judit y su familia se vieron obligados a salir del espacio donde estaban “quemados” y reiniciaron sus vidas en otro lugar, por el momento, seguro. Allí vivieron con identidades y documentos falsos, los niños mantuvieron el nombre, pero cambiaron el apellido Baglietto por Rodríguez. Arfuch expresa, respecto de la experiencia de niños obligados a vivir con nombres falsos, que era “una experiencia cotidiana, de aristas traumáticas, donde se debe estar atento a todo, responder a otro nombre o no tener apellido: ‘Laura: esa es la única parte de mi nombre que me dejan conservar’ dirá la niña de *La casa de los conejos*, y ‘Ernesto’¹⁷ no sabrá siquiera que es a él a quien le cantan el ‘Feliz cumpleaños’ según la fecha de su documento falso” (Arfuch, 2016: 553).¹⁸

Esta mudanza los puso, momentáneamente, a salvo. Al mismo tiempo el contexto represivo en el que se desarrollaba la militancia se profundizaba:

“Ahí directamente ya estaba todo mal, estaba todo mal, me acuerdo (de) que mi mamá nos hablaba con mucha seriedad a mi hermana y a mí, (de) que nosotros dejábamos de llamarnos Baglietto de apellido y pasamos a llamarnos Rodríguez, con documentación inclusive ¿no? No solamente de palabra, sino que había documentos hechos por Montoneros (...) Mi mamá tenía la convicción de que nosotros teníamos que seguir una vida lo más normal posible, no dejar de ir a la escuela, que era menos sospechoso inclusive”.

No alcanza con la decisión de cambiar de apellido; para escapar de la represión del Estado y de los grupos paraestatales alentados y cobijados por el gobierno de Isabel, fue necesario contar con herramientas que permitieran transitar sin riesgos. La principal de esas herramientas es el documento de identidad, primera barrera para evitar la individualización de los militantes. Para ello las OPM tuvieron un área especializada en la falsificación de documentos. Otra de las condiciones básicas para que la clandestinidad fuera efectiva está dada por el

¹⁷ En *Infancia clandestina* su director, Benjamín Ávila, –representado en la obra por Juan/Ernesto– recrea su propia infancia, en la clandestinidad, en el año 1979.

¹⁸ ARFUCH, Leonor: “Narrativas en el país de la infancia”. En: Alea: Estudios Neolatinos. Vol. 18 (3). Programa de Pós-Graduação em Letras Neolatinas de lá Universidade Federal de Rio de Janeiro. Río de Janeiro. Septiembre-diciembre de 2016.

hecho de no llamar la atención y poder mantener públicamente la apariencia de “normalidad”. Esto se encuentra muy presente en el recuerdo que Judit tiene de su madre en aquellos momentos. La escolarización de los menores era imprescindible para esta fachada, niños de esa edad que no concurrían a la escuela rompían con el patrón de normalidad y eso debía ser evitado.

Como se ve, la concurrencia de los hijos a la escuela formaba parte de la construcción de una ficción de normalidad en la vida clandestina, era uno de los elementos importantes a la hora de mantener la ilusión en el intento de eludir el accionar de las fuerzas represivas. Los avatares de la clandestinidad dan muestra cabal de la desigualdad de recursos que existía entre el Estado y las OPM. En esta relación inequitativa entre el poder y los sujetos, el aparato represivo es –para pensarlo en términos de Michel de Certeau– el propietario del teatro de operaciones; esto es, el Estado es quien maneja la estrategia, quien se impone sobre el lugar. Por ello, la táctica del más débil, que debe apelar a la movilidad dado que está desprovisto del dominio del espacio (de Certeau, 2000), se basaba en el engaño y la simulación. Una construcción ficcional de ciudadanos “normales”, un juego de apariencias en el que la vida era el precio a pagar si algo salía mal. Enfrente se encontraba un poder que, desde la década del '60 y cada vez con mayor intensidad y eficiencia, buscaba transformarlos en objetos controlables e incluidos en su visión, escudriñando, persiguiendo y convirtiendo en sospechosos, en peligrosos delincuentes “subversivos” a los militantes.

Judit, junto a su hermana mayor Sandra, comenzó su escolarización de nivel primario en una escuela de gestión privada de Sarandí:

“Ese año entraba en primer grado y mi hermana en tercero o cuarto, la cuestión es que nos termina anotando en una escuela de Sarandí, Avellaneda, nosotros vivíamos en Once, no sé por qué, porque teníamos que viajar bastante en colectivo (...) ¿Por qué nos mandó a una escuela privada? porque ella era estatista, quizás porque era la escuela que menos preguntas hacía, vos pagabas y no te hacían preguntas, así que terminamos en una escuela privada (...) Nuestra Señora de Loreto que queda sobre Mitre”.

Tal vez la razón de la elección de esa escuela se encuentre en el conjunto de relaciones sociales que sus padres desarrollaron mientras vivieron en la zona sur del Gran Buenos Aires, especialmente dentro de la Iglesia Católica. Ante una necesidad específica, como era la escolarización de Sandra y Judit, es allí donde

podían buscar ayuda para insertar a sus hijas en el ámbito educativo, sin demasiadas preguntas y sin despertar sospechas. Sandra, la hermana mayor, retoma su educación, por ello debía presentar un certificado que acreditara el nivel escolar alcanzado. Era necesario que las autoridades de la escuela colaboraran para que la incorporación de las nuevas alumnas fuera posible.

Judit recuerda que para ella –siendo niña– no fue fácil. Conocía los riesgos que corrían y la responsabilidad que debía asumir, su madre se había encargado de hacérselo saber y ella, en su relato, trae al presente las sensaciones de aquel momento:

“A mi hermana y a mí nos hablaba, no recuerdo las palabras exactas que me decía, pero me da la sensación por la cara, porque me acuerdo (de) que decía “vos entendiste” y me agarraba de los brazos (hace el gesto de tomar a un niño de los brazos con ambas manos): “¡Te estoy hablando en serio! ¿Vos me estás entendiendo? ¿Entendiste?” eso me acuerdo los gestos que me hacía y yo entonces veía que era bastante serio, que no nos podíamos equivocar (...) calculo en esas agarradas de los brazos me decían que era cuestión de vida o muerte, yo lo tomé con mucha seriedad, era muy grave la situación y aparte yo me daba cuenta (de) que la situación era seria de verdad”.

Naturalizar una nueva identidad implicaba el compromiso de los niños. Para sostener la ficción, era necesario que ellos aprendieran y memorizaran sus nuevos nombres, que actuaran sin errores el nuevo papel, de no ser así la apariencia de normalidad desaparecería y la familia ficticia, construida en la clandestinidad, se derrumbaría, sería de nuevo visible para el aparato represivo, de allí la insistencia. Judit recuerda con angustia esta situación, no tiene presentes las palabras de su madre, pero sí los gestos que quedaron grabados en su memoria. Recrea esos momentos, los revive, evoca cómo esa niña de seis años comprendía lo importante que era aprehender los detalles de la nueva identidad y no cometer ningún error. Judit afirma que “si (los niños) salen a la vida (sus padres) debían prepararlos para que no se equivocasen”.

Aquella advertencia de su madre pesó sobre Judit, quien rememora ese primer día de clases, a principios de 1975, con altos niveles de angustia:

“Fue terrible para mí, nos hicieron parar a cada uno (...) según como estaban conformados los bancos, de adelante hacia atrás, uno se levantaba y se presentaba, decía su nombre, su apellido. Para mí fue terrible, yo decía que no me toque a mí, que no me toque a mí, tenía seis años y... me tocó

presentarme. Estaba pensando lo que mi mamá me había dicho, me acuerdo patente, pensando que no tenía que equivocarme. El nombre de pila nos llamábamos igual, no me tenía que olvidar del apellido. Pero tenía miedo de olvidármelo de los nervios. Entonces me levanto y me quedo callada. Tenía miedo de abrir la boca y equivocarme. Entonces la maestra, que en realidad era una monja, me dice: y dale, ¿cómo te llamás? Ahí en la insistencia le dije: Judit Alejandra Rodríguez, tengo seis años. No me acuerdo haber dicho nada más. Había pasado la prueba. Fue terrible”.

La violencia imperante obligó a la familia a vivir en estas condiciones, la responsabilidad en la estrategia adoptada para hacerse ilegibles e invisibles a las agencias gubernamentales –y a la represión– involucró a todos los miembros del grupo familiar: ninguno podía equivocarse. Judit fue una niña obligada por las circunstancias a vivir escondida, a mantener en secreto su domicilio y también su propio nombre, forma parte de un grupo de niñas y niños criados como adultos, con una gran carga de la responsabilidad a edad muy temprana (Arfuch, 2016).¹⁹ Finalmente logró presentarse y superó con éxito aquel momento de zozobra en su primer día de clases.

Si bien las niñas mantenían la ficción de normalidad concurriendo a la escuela, la vida social –las relaciones propias de la edad– se veía muy limitada por razones de seguridad. Esto las aisló, las obligó a una infancia solitaria y esa soledad signa el discurso. No podían tener amistades por fuera del ámbito de la escuela, ni relacionarse con sus vecinos, debían mantenerse recluidas.

“Igualmente no teníamos trato con chicos, solo en el horario escolar, lo recuerdo como una época muy triste, dejamos de ver a mi abuela, yo la adoraba, tuvimos que dejar la casa, tuvimos que dejar de ver a los vecinos que queríamos, tuve que dejar la escuela donde iba y a mis compañeros (...) era de la casa a la escuela, de la escuela a la casa, no teníamos el trato común de ¿puedo ir a jugar a la casa de tal (...) teníamos una vida bastante solitaria”. Esta es una de las consecuencias de la vida clandestina: se rompían los lazos sociales y familiares. Un encuentro con parientes abría una puerta por la cual la represión podía ingresar.

La cotidianeidad reunió en el ámbito del hogar distintas actividades. Por un lado, se mantuvo hacia afuera una apariencia de normalidad: las niñas iban

¹⁹ ARFUCH Op. Cit

a la escuela, los padres trabajaban, realizaban las tareas hogareñas, participaban de eventos sociales-familiares. Por el otro, en la clandestinidad, los hijos debieron mantenerse alejados de la sociabilidad propia de su edad, obligados a jugar constreñidos a los límites del hogar. Los adultos, en el mayor de los secretos, en un contexto de violencia y crecientes, continuaban militando.

La seguridad que la familia de Judit adquirió en el nuevo domicilio no duró mucho, rápidamente la violencia ilegal los volvió a alcanzar:

“Íbamos en el auto de él que era el Fitito²⁰ rojo, íbamos por la avenida Belgrano y un auto se acerca al lado nuestro y nos empieza a disparar, así que ahí mis viejos se dan cuenta que ya lo habían encontrado en ese exilio, alejados de Quilmes, que habíamos emprendido, (con este nuevo intento de asesinato) mi papá es como que hizo el click, ¿no? *ya no me están buscando solo a mí, nos están atacando a todos*, ya que íbamos todos en el auto, los cinco, íbamos mis dos hermanos, mi mamá y mi papá y yo”.

El incremento de la violencia ya no distingue adultos y niños, militantes y familia, todos pueden ser y son objeto de la represión. Este último episodio obliga a la familia a buscar seguridad iniciando un derrotero que los llevará a transitar por distintas provincias de nuestro país:

“Y de ahí nos vamos, estuvimos en Pinamar, estuvimos en La Rioja, también estuvimos en Tucumán (...) Estuvimos en algunos moteles. Me acuerdo de que hacía frío, calculo que sería mayo-junio, porque hacía frío en esos moteles, hasta que nos prendían la estufa. Lo fascinante del motel era que tenía cocina (...) era una casa, tenía el baño incorporado, lógico, pero también tenía cocina y a mí me llamaba la atención ¿esto es un hotel?”.

Mantenerse en movimiento constantemente es una táctica que había sido desplegada por Stella Maris, durante la convalecencia clandestina de Carlos. Al haber sido descubiertos, nuevamente se vieron obligados a emprender la huida. La familia se desplazó en primer lugar hacia la costa bonaerense y luego hacia las provincias del centro-noroeste de la Argentina. Hacerlo juntos permitía simular que estaban de vacaciones mientras –para felicidad de Judit– la familia permanecía unida pernoctando en establecimientos que, en alguna forma, guardaban cierto parecido con un hogar.

²⁰ Fiat 600, un automóvil pequeño y económico, muy popular en la época.

FIN DE LA VIDA EN FAMILIA

Al regresar, sus padres deciden separarse (según Judit sin romper la relación) para dificultar el accionar represivo y evitar que, al encontrar a uno de los esposos, ambos fueran ubicados y resuelven dejar a los niños al cuidado de la abuela paterna. Judit se refiere a ese hecho como una entrega: *los entregaron*:

“Volvimos y volvimos al departamento este de (avenida) Belgrano y ahí mi mamá y mi papá deciden entregarnos y ellos separarse, no separarse de relación, cada uno para un lado porque si encontraban a uno que no cayeran los dos y a nosotros nos entregan en guarda a mi abuela.

El contexto en el que se desarrollaba la militancia en Montoneros en la segunda mitad del año 75 cambiaba vertiginosamente. El 6 de septiembre de 1974 Montoneros había anunciado oficialmente su pase a la clandestinidad y el retorno a la lucha armada. El 8 de septiembre de 1975 la organización fue declarada “terrorista” e “ilegal” por el gobierno de María Estela Martínez de Perón. El 5 de octubre de ese año Montoneros fracasó en el intento de copar el Regimiento de Infantería de Monte 29 de Formosa. Al día siguiente se promulgó el Decreto N°2772 que ordenaba al Ejército “ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país”, los mismos términos que se habían utilizado a la hora de iniciar el “Operativo Independencia” en la provincia de Tucumán. La represión, legal e ilegal, se profundizaba.

El aumento de los niveles de violencia estatal y paraestatal hizo imposible que la familia continuara unida. Así, con el objeto de preservar la vida de todos los integrantes, ambos padres decidieron seguir clandestinos por separado y que los niños, quedaran al cuidado de su abuela, lejos del peligro. Judit recuerda el fin de la vida familiar (fue la última vez que estuvieron los cinco juntos) con decepción y tristeza al saber que no se va a concretar su deseo de volver a aquella pseudo-normalidad vivida, aun en la clandestinidad, cuando residían en el departamento de avenida Belgrano.

La separación no fue sencilla, nuevamente Judit rememora sentimientos y no palabras, recuerda la intensidad de ese momento:

“Mi mamá me anuncia que nos va a dejar con la abuela (...) nos dice un montón de cosas a mi hermana y a mí pero... nosotros tuvimos que olvidar (...) para protegernos. (...) Después volvimos a recordarlas. Tuvimos que olvidar por dos motivos: para protegernos nosotros y tuvimos que olvidar

porque mi familia nos negaba la historia. (...) Mis viejos son asesinados (...) en octubre del '75, los secuestran y aparecen al tiempo tirados en un descampado, de la planta Ford en Pilar ¿Puede ser Ford en Pilar? ahí aparecieron. Después el velatorio fue a cajón cerrado porque ya tenían varios días de muertos y por la desfiguración, por los tiros y demás”.

Menciona la obligación de olvidar y dice que debió olvidar por dos razones, por pedido de su madre para protegerse y por imposición del entorno familiar que negó su historia. Respecto de la primera mención de olvidar: por razones de seguridad, la militancia en una organización armada implicaba considerar la posibilidad de caer en manos del aparato represivo y, seguramente, ser sometidos a la tortura. Cuanto menor fuera la información a la que se había accedido menor sería la posibilidad de poner en riesgo a la organización y a sus compañeros de militancia. Estas medidas de seguridad, que alcanzaban a los hijos de los militantes, también incluían el olvido: olvidar todo aquello que no fuera necesario. Los niños y niñas también podían ser una fuente de información.

CONCLUSIÓN

La historia relatada por Judit permite acceder a su experiencia, resignificada por el paso de los años, cuando era una niña que integraba una familia que, por causa de la militancia política de sus padres, necesitó evitar estar en la mira del Estado, que en esos momentos vertiginosamente se transformaba en un Estado terrorista. En este juego dialéctico establecido entre el Estado que buscaba eliminar o debilitar la acción disruptiva de diversos actores sociales y políticos mediante la identificación de los ciudadanos que integraban organizaciones que cuestionaban el modelo de sociedad vigente y la respuesta de los militantes que instrumentaron diversas acciones para evitar ser individualizados –como uso de nombres de guerra o documentos falsos– Judit trae al presente la experiencia de vivir con documentos falsos, con una identidad nueva, en un contexto en el que cualquier error podía tener consecuencias muy graves. Esta acción les permitió, por poco tiempo, hacerse invisibles a los ojos del aparato represivo y construir en la clandestinidad algo parecido a la “normalidad” luego de que la represión se desatara sobre la familia. Judit recuerda con nostalgia esos breves momentos de “normalidad” que pudieron vivir juntos en el departamento del barrio de Once, gracias a los documentos falsos a nombre de Rodríguez. La vida se jugaba en esta pugna entre visibilidades e invisibilidades.